

12° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 06.09.2014

Cuando brota la correspondencia de mirada y de corazón con Cristo, el hombre se convierte en sí mismo, toma conciencia de quién es. Son interesantes los comentarios que se hacen sobre el ciego curado: “Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo»; otros decían: «No es él, pero se le parece». Él respondía: «¡Soy yo!»” (Jn 9,8-9).

¡Qué distraída esta gente! Lo han visto todos los días y se preguntan ¿es él? ¿no es él? Precisamente porque como mendigo jamás lo han mirado a la cara, huían de él. Los mendigos normalmente los miramos de lejos para evitarlos, no desde una distancia que nos exponga a la pregunta de su voz, de su rostro, de su mano extendida, y, por lo tanto, con una responsabilidad ante su encuentro.

“No es él, pero se le parece”, dicen delante de él. Como si dijeran: ‘¡Tú no tienes el derecho de ser tú mismo, y, sobre todo, de ser creado a imagen de Dios!’

Pero él ya está seguro de su identidad: “¡Soy yo!”. No pretende solamente decir: soy yo el ciego que ahora ve. Quizá no ha dicho nunca “yo” de esta forma. Antes decía: “¡Tened caridad de un pobre ciego”. Ahora puede decir: “¡Soy yo!”. Y lo dice porque sabe que ha sido objeto de atención y cuidado por parte de Dios, ha sido mirado por Dios. Y si ahora ve, aunque no sabe quién es Jesús, aún no lo ha visto, sabe que tiene la vista para verlo, para conocerlo. Por esto defiende a Jesús durante todo el proceso que le hacen los fariseos, a cualquier precio, hasta ser excluido de la sinagoga.

Fijémonos que el imputado en el proceso es Jesús, no el ciego curado. Pero quizá hay una superposición del testigo y el Testimoniado, como después sucederá con todos los mártires cristianos. Cuando uno ha intuido al menos que Dios le ha dado la luz para ver la Luz, y un corazón para unirse a Su Corazón, no puede ya tener otro lugar, papel y destino que el del Señor. Somos imagen de Dios no como “uno que se le parece”, porque uno que se parece no está unido con quien se parece. Sin embargo, quien corresponde a la imagen de Cristo, se convierte en un solo corazón con Él, un solo espíritu y, por lo tanto, también el destino se hace común.

“Padre, este es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo” (Jn 17,24).

Es lo mismo que ha ocurrido en el Calvario, con el buen ladrón. También allí hay una disputa, un proceso en torno a Jesús, y el buen ladrón acepta y pide convertirse en testigo coincidente con el Señor. Jesús ha tomado su lugar que merece la cruz, y él afirma estar de acuerdo con esta homologación, con esta coincidencia de vida y de destino con el Señor. Coincidencia de vida y destino que Jesús ratifica hasta la eternidad: “El pueblo estaba mirando [de lejos, como con los mendigos con los que uno no se quiere comprometer]; sin embargo, los jefes se

burlaban de él diciendo: «Ha salvado a otros, que se salve a sí mismo, si él es el Mesías, el Hijo de Dios, el Elegido». También los soldados se burlaban, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos». Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!». Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino » [Imaginamos la mirada que dirigió a Jesús, quizá la única, primera y última mirada de su vida a Cristo]. Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso.» (Lc 23,35-43).

“Tú me has robado el corazón...”, y con el Corazón el ladrón Le ha robado todo.

El ladrón ha recibido la gracia de expresar su sola mirada a Cristo in extremis. Pero nosotros hemos sido evangelizados antes, y podemos meditar esta escena, como otras mil del Evangelio, mucho antes de morir. Y hemos encontrado a Cristo antes que unas horas previas a la muerte. Y esto quiere decir que lo que para el ladrón ha sido sobre todo gracia (aunque tan terriblemente sufrida), para nosotros es gracia y tarea. Aquella única mirada es gracia y tarea. El encuentro y la relación con Cristo son gracia y tarea. Son la gracia, la vocación y la tarea de nuestra vida. Primeramente humana, pero declinada en la forma vocacional que Dios ha elegido para nosotros.

Consentir a esta gracia y a esta tarea equivale al enérgico y arriesgado “¡Soy yo!” del ciego curado. A la luz de Cristo se ha encontrado a sí mismo, la posibilidad de afirmarse, como “yo” que afirma un “Tú”, como testigo de Otro. Para él decir “Veo” no podía ya dissociarse del testimonio de Cristo: “¡Es un profeta!” (Jn 9,17); “Si este no viniera de Dios, no tendría ningún poder” (9,33). No sabe nada de Jesús, pero ya sabe que está unido a Él, diría ontológicamente, y no quiere negarlo. Renegaría de sí mismo.

Por esto, aquella única mirada que permite al Corazón de Cristo convertirse en nosotros en fuente de vida nueva, no es solamente oración, piedad, pietismo, buenos sentimientos. Es, como para el ciego curado, una expresión de nosotros mismos que debería brotar cada vez que decimos “yo”, que debería expresarse por nosotros cada vez que somos sujetos de la vida, y lo somos siempre, aunque extremadamente distraídos. Uno es sujeto de su vida incluso cuando duerme. Hemos sido creados así. La “única mirada” quiere decir que la verdad de nuestro decir “Soy yo”, es la afirmación de un “Tú” que nos crea. Cada parpadeo del ciego curado, cada mirada en particular, incluso distraída, que dirigía a personas y cosas, afirmaba que Otro le había dado la luz, que Otro había formado en él la vista: “Yo veo” significaba para él: “Yo he recibido la vista y recibo ahora la luz y todo lo que veo de Jesús”.

El aspecto más fascinante de las curaciones obradas por Cristo, es que daban testimonio de lo eterno también los miembros, los órganos, la piel, toda la persona en su funcionamiento normal, humano, cotidiano. Pero el milagro nos ilustra lo que debería ser normal. Porque no hay necesidad de ser ciego de nacimiento curado para reconocer y testimoniar que Dios nos da los ojos, la luz. Lo que nos habituamos a vivir por descontado como normal, es siempre en realidad un milagro, es siempre obra de Dios.

El trabajo que se nos pide es el de recuperar la mirada a Cristo, el encuentro con Cristo, como expresión constante de nuestro “yo”, sin perder la conciencia de que es una expresión milagrosa, como, por otra parte, nuestro “yo”, que siempre es un milagro, incluso si lo olvidamos. Como exclama el salmo 138: “Te doy gracias: ¡porque me has plasmado portentosamente!” (Sal 138,14).